

## EL PORVENIR DE NUESTRA JOVEN CIENCIA Y DE LA SUBJETIVIDAD

Juan Carlos Mosca

*El síntoma es irrupción de esa anomalía en que consiste el goce fálico, en la medida en que en él se explaya, se despliega a sus anchas, aquella falta fundamental que califico de no relación sexual.*

*J. Lacan, en La tercera*

Agradezco esta posibilidad de dirigirme a Uds., agradezco la hospitalidad de la Biblioteca Sigmund Freud de Porto Alegre y sus miembros, y además agradezco el diálogo y el aliento de nuestro amigo Luiz Olyntho Telles da Silva.

Dicho sea de paso, en lo que expondré, aunque sin referirlo, quienes lo conozcan, podrán encontrar marcas de su texto *La Excentricidad del Psicoanálisis*, publicado en español en el número del año 2008 de la revista *Textura en Psicoanálisis*.

Recojo el guante de su preocupación por una política del psicoanálisis que resista su asimilación a otros discursos, asimilación que impropriamente puede darse cuando pareciera que besamos la “copa del triunfo”, por la supuesta conquista de espacios por lo que Freud llamó en su tiempo “nuestra joven ciencia”. Siendo así más importante denunciar que el rey está desnudo, asediar el trono, pero nunca ocuparlo. Ocuparlo, el trono, o el centro, sería el triunfo que, trataré de mostrar, según Lacan, extinguiría el psicoanálisis reduciéndolo a la condición de un síntoma olvidado.

Lo que voy a exponer no es una conclusión ya formada, tan solo una aproximación al tema y una serie de preocupaciones que deseo compartir con ustedes y escucharlos para abrir un debate al cual estoy receptivo, revisando y poniendo en duda los argumentos que comentaré. Comienzo defraudando ya que bajo un título ambicioso solo presento un esquemático borrador. Sucede que en realidad me interesa iniciar una reflexión que se continúe en el tiempo, en otras reuniones y con otros aportes.

En fin, comienzo.

Como no arribaré a una conclusión y todavía estoy prolongando el tiempo de comprender, finalmente no soy ni muy pesimista ni muy optimista sobre el provenir del psicoanálisis. Sobre lo único que tengo una relativa certeza es sobre la ligazón de ese porvenir con el de la subjetividad tal como la comprendemos desde nuestra, al decir de Freud, *joven ciencia*.

Pero este punto también sería tema de debate. El punto de si podríamos verificar “cambios” de época en la subjetividad y que significaría eso en los conceptos que el psicoanálisis emplea. Y qué podría implicar eso para una “política del psicoanálisis”.

En fin, muchas dudas, pocas luces y muchas sombras. Tratemos de acercar algo de luz con una referencia a la historia del movimiento psicoanalítico. Cuando uno entra en zona de oscuridad encontrar referencias en la historia puede ser útil.

En 1927 Freud publicó “El Porvenir de una Ilusión”. Siguiendo el método empleado en “Análisis Profano”, el simulacro de diálogo con una persona imparcial, Freud debate sobre el origen y la fortaleza del sentimiento de religiosidad y sobre la eficacia de sus argumentos frente a un supuesto interlocutor; por esta senda la interrogación podría llevarnos en realidad a preguntarnos sobre el porvenir del psicoanálisis mismo.

“Todo aquel que ha vivido un largo tiempo dentro de una determinada cultura y se ha planteado repetidamente el problema de cuáles fueron los orígenes y la trayectoria evolutiva de la misma, acaba por ceder también alguna vez a la tentación de orientar su mirada en sentido opuesto y preguntarse cuáles serán los destinos futuros de tal cultura y porqué avatares habrá de pasar”. Con éste párrafo comienza este gran texto de nuestro maestro, y sus consideraciones son tan pertinentes que podemos preguntar por los avatares de nuestra cultura, en el seno de la cual nació el psicoanálisis, y por tanto del mismo psicoanálisis.

Sabemos que en varias ocasiones Freud aludió al psicoanálisis como “nuestra joven ciencia”. Ahora, habiendo madurado a lo largo de décadas, podríamos preguntarnos por su porvenir.

A comienzos del siglo XX el creador del psicoanálisis bregaba por el reconocimiento para el psicoanálisis. Cuando en 1909 cruza el atlántico y dicta sus 5 conferencias en la Clark University en Worcester, Massachusetts, le da la impresión que la “peste” del psicoanálisis se expande por el mundo. Pero es muy distinta su expansión e incluso su reconocimiento o influencia social, que su verdadera comprensión.

Como Freud recuerda en las primeras líneas de su “Contribución a la Historia del Movimiento Psicoanalítico”: *...desde hace tiempo he reconocido que el inevitable destino del Psicoanálisis es mover a contradicción a los hombres e irritarlos...* El texto fue escrito en el marco de los disensos y discusiones internas en su propio grupo, primero con Adler y luego con Jung.

Los pasos de avance en la producción de la teoría psicoanalítica, en la organización de los psicoanalistas como grupo e institución, el grupo de los miércoles y luego las Asociaciones de Viena, Budapest y Zúrich, y finalmente el avance en el reconocimiento social y científico del psicoanálisis, como las conferencias en universidades en Norteamérica y en Austria, las publicaciones científicas, las menciones y citas en publicaciones fuera del campo analítico, generan al mismo tiempo el riesgo que la divulgación traiga como consecuencia que se pierdan sus aristas más revulsivas como efecto de la resistencia al mismo psicoanálisis, es decir que su asimilación sea una forma de la resistencia al psicoanálisis. Freud imaginaba el choque, la herida al narcisismo humano (que en “Una dificultad del psicoanálisis” en 1916 compara con las producidas por Copérnico y Darwin) que provoca el descubrimiento psicoanalítico del inconsciente. Así es que el maestro vienés comienza a preocuparse, paralelamente con esa búsqueda de un lugar en el mundo científico, que se preserve en lo esencial, que se salvede su progreso y al mismo tiempo que permanezcan los pilares de su enseñanza.

Sigmund Freud pensaba que la formación de una organización internacional era esencial para esa salvaguarda, funcionando como garantía de su continuidad incluso para cuando su creador ya no estuviera. Así se lleva a cabo en 1908 una reunión en Salzburgo y luego en el primer congreso realizado en 1910 en Núremberg se funda la Asociación Psicoanalítica Internacional.

La reunión de Salzburgo ya significó “un éxito” y una repercusión internacional, porque asistieron 42 “psicólogos freudianos” provenientes de seis países.

Pasado un siglo y fruto de la expansión que comenzó con esa reunión, esa cifra nos parece pequeña. En todo el mundo desarrollan su actividad decenas o tal vez centenas de grupos e instituciones que con diversas perspectivas, muchas como parte de aquella fundada en 1910, otras principalmente a partir de la enseñanza de Jaques Lacan, se reclaman herederas del maestro. Los practicantes que se consideran psicoanalistas se

cuentan de a miles en muchos países. Los congresos y reuniones internacionales han convocado multitudes si los comparamos con aquellos tiempos iniciales.

La influencia, o al menos la mención del psicoanálisis, sea con acierto o desacierto, lo encontramos en el cine, la literatura, el ensayo, el comentario social y hasta el político. El uso de términos psicoanalíticos aparece en textos de muy diverso tenor.

Al mismo tiempo que comprobamos esta expansión del psicoanálisis, correlativamente vemos que los valores culturales y lo que podríamos llamar “el espíritu de la época”, por ejemplo los referentes de la figura de autoridad paterna y por otro la cultura de los derechos, entre ellos la consideración del derecho al acceso a la salud, es también muy diferente al de la época en que surgió el psicoanálisis. En el ínterin cayó el modelo de la sociedad victoriana, sucedieron dos guerras mundiales, la atroz experiencia del nazismo con sus campos de exterminio y el progresivo avance del proceso de independencias coloniales y de reivindicación de los derechos humanos.

Se constituyen nuevos guetos, es cierto, pero las minorías y los sectores que reivindican un rasgo que los identifica como grupo diferenciado alcanzan su reconocimiento social y legal.

Entre los cambios que verificamos, también incluimos en estos aspectos de *la subjetividad de la época* el hecho de que hoy día nadie se escandalizaría por lo que escandalizaba en la época victoriana. No haría ruborizar a nadie el relato de una adolescente como la del caso Dora.

Hasta no hace mucho tiempo, las revistas femeninas traían recetas de cocina y moldes de costura, hoy día las revistas para el público femenino traen consejos para alcanzar la experiencia multi-orgásmica, los domicilios de los sex-shops y las últimas modas para cambiar el cuerpo con la ayuda del bisturí. Ya se habla libremente de temas sexuales en los medios de comunicación.

Por otra parte, la consecuencia psicológica de la “diferencia sexual anatómica” parecería estar en franca retirada, y lo hace en beneficio de la “igualdad”. Cuestión que alcanza también a la consideración de qué quiere decir “paternidad” o qué quiere decir “maternidad”.

Tenemos un ejemplo en nuestra sociedad, en Argentina, al punto que un hombre travestido en mujer, que aportó su propio semen, junto al de su pareja, para fecundar un óvulo donado y gestado en un vientre alquilado, obtenga un hijo al que ambos integrantes de la pareja adoptan, y para el cual reclama ser reconocido como “madre”, reconocimiento que socialmente obtiene siendo nombrado por los *media* como tal. Y la prensa sigue sus avatares en el aprendizaje de sus deberes maternos.

Este caso es excepcional, pero de todos modos creo que existe una legislación compleja y a veces contradictoria, sobre la que deberíamos poder emitir una opinión. Con coraje, sin temor a resultar *políticamente incorrectos*. También tendríamos que opinar sobre los requisitos académicos y el otorgamiento y control de la autorización legal para la práctica profesional, como existe en algunos países, por ejemplo en Estados Unidos y de Europa, en los que por medio de diversos niveles escalonados de licencias, se busca asegurar la idoneidad profesional y también de ese modo se busca la protección del derecho a la salud, los derechos de las minorías, la protección de la niñez, de la libre orientación sexual, de los nuevos modelos de familia, etc. Constituyendo normas generales que tienen un sentido progresista, pero que evidentemente implican una dificultad para una práctica de la singularidad subjetiva.

La última gran reforma sanitaria en Norteamérica es un ejemplo de esto. El anhelo igualitario y proteccionista termina en la confección de interminables formularios con cuestionarios de índole clasificatoria.

Y por si eso fuera poco, además tenemos los criterios de esas clasificaciones; ahora timidez, tristeza y rebeldía entrarían en la lista de los nuevos “trastornos mentales” de la próxima edición del manual de psiquiatría DSM, que sigue la mayoría de los expertos del mundo, medicalizando los sentimientos, etiquetando a los tímidos, tristes o rebeldes en una categoría de enfermo mental aplicable luego por psiquiatras, sistemas de salud pública y privada, peritos judiciales y autoridades sanitarias que pueden tomar decisiones sobre sus vidas.

Todo esto podría parecer ajeno a nuestra práctica, pero no estamos ajenos a la legislación e incluso a los vaivenes del imaginario socio-cultural.

Al mismo tiempo que esto sucede, al psicoanálisis también se lo discute, incluso se lo combate, a veces con golpes bajos, como aquel famoso “libro negro” a partir del cual se pusieron de moda los artículos críticos y denigratorios en revistas de interés general.

Por otra parte tomaron fuerza en el campo de la medicina desarrollos en la psicología cognitivista, en la farmacología y en la ciencia neurológica, de indudable interés.

En todo esto el psicoanálisis interactúa con lo público y lo privado, con los movimientos culturales pero también con los cambios sociales, entendidos estos como los fenómenos de lazo en la masa y en los grupos, con las regulaciones y legislaciones, y particularmente dentro de estos ámbitos, con los sistemas de salud, que aunque sean de práctica privada están regulados por los estados y por lo tanto corresponden a la Salud Pública. En el caso de Argentina tenemos una nueva Ley de Salud Mental que no ha tenido de parte de los psicoanalistas de mi país una merecida reflexión y análisis.

En relación a estos movimientos e interacciones es que resulta necesaria una observación de los procesos y los modelos regulatorios y las legislaciones, señalando sus obstáculos, contradicciones e impases.

Eso no nos asegura el porvenir, pero al menos no quedamos reducidos a meros espectadores de los cambios.

Tomémonos un respiro. Espero no haberlos abrumado con el listado de dificultades.

Y ahora, tras describir este escenario problemático debemos reconocer sin embargo y pese a todo lo antes mencionado, que conviviendo con ese mismo escenario, millares de psicoanalistas desarrollan su práctica. Muchos lo hacen en instituciones que no fueron pensadas para el psicoanálisis, como la práctica de la clínica psicoanalítica en el Hospital Público y en las organizaciones de salud, su enseñanza en la Universidad, su interés múltiple para pensadores de campo no analítico, en la filosofía, la historia, las leyes y las artes.

Y también vemos que se ha expandido esa práctica aplicándola a una población mucho más amplia, población que no fue la inicialmente pensada por Freud, el neurótico adulto, extendiéndola (con las variables necesarias) primero a la niñez, más tarde a las psicosis, luego a los así llamados trastornos por impulsiones y la ahora nominada clínica del borde.

Entonces, por un lado tenemos una situación que parece dificultar el desarrollo del psicoanálisis, pero por otra parte también vemos su extensión a modalidades, instituciones y una población de enfermos, mucho más amplia que la pensada originalmente por su fundador.

Un escenario imprevisible para aquellos 42 “psicólogos freudianos” de Salzburgo: expansión del psicoanálisis, de su enseñanza y de su práctica. Extensión a ámbitos originariamente no previstos para esa práctica, tanto por las instituciones en que se realiza como por los casos a las que se aplica. Al mismo tiempo debate con otras prácticas de indudable influencia en el mundo científico, debate que trasciende la vulgarización reflejada en medios de comunicación. Y finalmente cambios culturales y sociales que modifican el panorama general de lo que podríamos nombrar, de forma un tanto imprecisa, como rasgos de la subjetividad de una época.

Es cierto, desde 1908 hasta ahora el mundo cambió, ¿y por qué no habría de hacerlo? ¿Y por qué no lo seguiría haciendo? Para bien o para mal, lo único permanente es el cambio. Ni podemos hacer una condena moral a los nuevos tiempos, ni resignarnos a ir reduciendo nuestra práctica a un pequeño espacio preservado del impacto de esos tiempos.

¿Cuál será ese impacto y cual el porvenir?

Respecto del porvenir, sabemos por Freud que finalmente el *porvenir* es de la ilusión. De todos modos orientamos nuestra práctica por la verdad; aunque ésta resulte difícil de aceptar y provoque rechazo, en la medida que nuestra verdad es verdad de la falta, lo real de la castración. Decir lo verdadero sobre el saber: *no todo es saber*.

No traemos ninguna buena nueva. No hay progreso. No promovemos la ilusión de sustituir un engaño con otro; no promovemos ni el bien universal, ni el saber universal, ni la felicidad universal.

Por ello el porvenir del psicoanálisis está ligado al de la subjetividad que lo vio nacer. Probablemente estemos verificando cambios importantes en esa subjetividad. Cambios en lo que consideramos *síntoma*, en el sentido psicoanalítico del término, que pretende ser abolido. Cambios en el malestar y sus formas. Cambios en la ausencia de “proporción sexual”, en la relación sexual que no la hay salvo que sea incestuosa, y en aquellas consecuencias psicológicas de las diferencias sexuales anatómicas.

De todos modos y para nuestro optimismo en el porvenir, *aún*, la emergencia de lo real del inconsciente, de sus formaciones y del síntoma, perturba la rueda de la máquina social y mientras el discurso histérico horada la consistencia del amo y mientras la oferta de una escucha psicoanalítica formalice esas formaciones del inconsciente, el psicoanálisis tendrá un porvenir.

El porvenir del psicoanálisis es el del síntoma. El porvenir del psicoanálisis es sintomático. Y el porvenir del psicoanálisis es el de un síntoma de nuestro tiempo.

Recordemos una definición de Freud: el síntoma es la vida sexual del neurótico. Podríamos decir que no hay otra vida sexual que no sea sintomática, en la medida que adscribamos a la definición lacaniana de que no hay relación sexual. Al mismo tiempo podríamos afirmar que un signo de nuestra época es el esfuerzo de hacer consistir que haya relación sexual, y por lo que sabemos, solo consideramos que hay relación sexual en el fantasma, que es perverso.

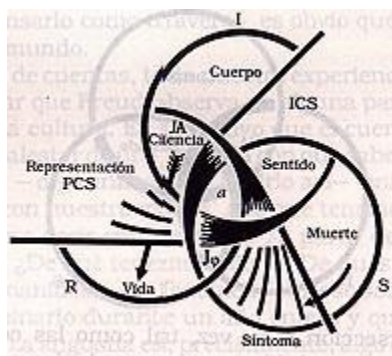
¿Y es el psicoanálisis un síntoma? Lacan plantea la pregunta en “La Tercera”. Y agrega *saben que cuando hago preguntas es porque tengo la respuesta*. Plantea que el síntoma es irrupción de esa anomalía del goce fálico, en la medida en que en él se explaya, se despliega a sus anchas, aquella falta fundamental que Lacan calificó como ausencia de relación sexual.

Sin embargo todavía se trata de saber si el psicoanálisis es un síntoma social, y afirma Lacan que el único síntoma social es que “cada individuo es realmente un proletario, es decir no tiene ningún discurso con que hacer lazo social”. El discurso del psicoanálisis

tiene otra consistencia que la de los otros discursos, es un lazo de a dos y está en el lugar de la falta de relación sexual. Eso no basta para hacer de él un síntoma social, ya que la falta de relación sexual está ligada a la verdad que hace estructura en todo discurso. De todos modos, por eso “no hay sociedad verdadera basada en el discurso analítico”.

Lo mencionado es cita del texto *La Tercera*, de Lacan; y allí este autor da una de sus definiciones de síntoma: lo que viene de lo real, y *lo mejor sería que reventase lo real del síntoma*.

**Figura 7 de La Tercera**



En este esquema, en este texto, el síntoma presenta la “intromisión” de lo real en el registro simbólico. Como el palo en la rueda, otra definición de Lacan sobre el síntoma. En el seminario RSI, al contrario, Lacan dibuja de otro modo el desborde de una consistencia sobre la otra, lo simbólico sobre lo real, para nominar ese efecto como síntoma. De todos modos en ambos esquemas tenemos una dimensión real del síntoma, lo que sería mejor que reviente. ¿Mejor en relación a qué? ¿Qué sería, por contraposición, “lo peor”?

Sabemos que lo peor es que el Sentido haga engordar al síntoma, en una metonimia sin tope.

Si lo real es lo impensable, el vacío de sentido; por contrapartida el sentido, lo imaginario, al síntoma lo “engorda”. El sentido del síntoma depende del porvenir de lo real, es decir del éxito del psicoanálisis.

Se le pide al psicoanálisis, afirma Lacan en “*La Tercera*”, que nos libere tanto de lo real como del síntoma. Si eso fuera posible, continúa diciendo, tendríamos un regreso a la religión verdadera. Si el psicoanálisis tuviera éxito en extinguir el síntoma el mismo psicoanálisis se extinguiría, como un síntoma olvidado.

No aclara finalmente síntoma de qué. Yo intuyo que síntoma de una cultura, de una época y de una subjetividad que se habrían agotado.

Pero es una lectura muy personal y debo reconocer no del todo consistente con este texto de Lacan. Son preguntas que quedan de su lectura.

Y sigue pendiente la cuestión del porvenir. Al menos podemos vincular dicho porvenir del psicoanálisis con lo real y con el porvenir del síntoma. Eso sí está, en lo leído hasta este punto, en este texto del psicoanalista francés.

Si el psicoanálisis mismo es un síntoma social de nuestro tiempo, saca a la luz el carácter del síntoma. Ese síntoma que se nos solicita abolir, en la medida de la demanda de

felicidad que pide abolir el sufrimiento, abolir síntoma y real, subsumir todo al campo simbólico. Pero eso no es posible ni siquiera para el psicoanálisis. Y si fuera posible, como dijimos, el resultado sería lo peor.

Lo que en ese plano no puede brindar el psicoanálisis se le solicita a la religión y a la ciencia. A la religión como consuelo, pero a la ciencia se le solicita como instrumentación tecnológica, y la ciencia sí puede proveer algo.

La cuestión es si la ciencia y la técnica llegaran a triunfar, allí donde se debe fracasar, aboliendo el síntoma.

Lo curioso es que en este sentido la ciencia se rozaría con la perversión. En lo tocante al Goce del Otro, dice Lacan, “hay una sola manera de colmarlo y es el campo propiamente dicho en que nace la ciencia”. Voy rápido, ya tuvimos una experiencia de eso: la experiencia del nazismo.

Lacan manifiesta su optimismo y nos dice que hemos tenido algunos progresos (se refiere nuevamente en “La Tercera” a progresos habidos desde la instauración del pensamiento científico con Galileo y sus formulas), pero desde entonces lo más significativo que nos proveyó la ciencia son *gadgets* y menciona la televisión -ya que no llegó a conocer el I-Pad y las Tablets ni el GPS-.

Lacan cierra “La Tercera” hablando del porvenir del psicoanálisis: el porvenir del psicoanálisis es algo que depende de que los *gadgets* verdaderamente se nos impongan o no se nos impongan, que verdaderamente llegemos nosotros mismos a estar animados por los *gadgets*.

Su optimismo es que ve poco probable que eso suceda, es difícil que el *gadget* no sea finalmente un síntoma, de la manera que se tiene un automóvil como se tiene una “falsa mujer”, dice el maestro francés, ya que uno se empeña en que sea un falo; pero su única relación con el falo consiste en que el falo es lo que nos impide tener una relación con una contrapartida sexual (diríamos que impide que haya proporción sexual).

Es decir, para Lacan en ese texto la producción de *gadgets* no sale del campo del síntoma, de la anomalía fálica que impide la relación sexual, del palo en la rueda, de la denuncia de lo que no anda. Por eso es siempre insuficiente, “como un juguete con el que nos encaprichamos y rápidamente cae en desuso”.

Pero a pesar de su optimismo, podríamos hacer un ejercicio de pensamiento: ¿Cuál sería el riesgo de que los “gadgets” verdaderamente se nos impongan?

A diferencia del perverso, quien como afirma Lacan, se ofrece lealmente al goce del otro, los neuróticos tienen fantasmas perversos que sirven para defenderse de la angustia, funcionando como un objeto *a* postizo (como ilustra el sueño de *la bella carnicera*: que su marido tenga deseo de esa pequeña nada que ella guarda), tomando apoyo sobre el transporte del objeto al campo del Otro, según expresa en el Seminario de la Angustia.

Algo que si se lo encuentra va a funcionar como perversión, pero resulta que nunca se lo encuentra.

El problema estaría, creo yo, en que los “gadgets” verdaderamente se nos impongan, en que se lo encuentre. Es decir que la oferta de simulacros de goce cobre consistencia y el sujeto se instrumentalice para el funcionamiento de ese aparato, como parte, como engranaje, del mismo.

Esto ya sucedió. Tuvimos una experiencia cercana: el nazismo. La consistencia del aparato instrumentalizó a los sujetos como herramientas de su funcionamiento, dejando un resto a reducir y eliminar. Sacrificio a los dioses oscuros en el cual colaboraron millones de personas, sus propias víctimas, dándole consistencia a un padre sin fisuras, cuyo saber no

dejaba dudas, estaba establecido y podía ser sabido -no supuesto- y compartido. Pero el nazismo finalmente fracasó (existe un texto muy interesante acerca de este tema, de Contardo Calligaris: La Seducción Totalitaria).

Mi preocupación es si podría recrearse por otros medios la experiencia de un saber -ahora acéfalo-, sin la figura de un padre terrorífico/ Führer, que sea sabido, no supuesto, que sea compartido en función de una lógica exhaustiva del todo, por tanto totalitaria, y no dejando ningún resto que contradiga esa totalidad.

Sin estandartes ni desfiles con la svástica. Expresión de anhelos fundados en buenas intenciones y manifestados amablemente, no tiránicamente, pero que tendría consecuencias devastadoras en la subjetividad; al menos en la subjetividad como la conocimos hasta ahora.

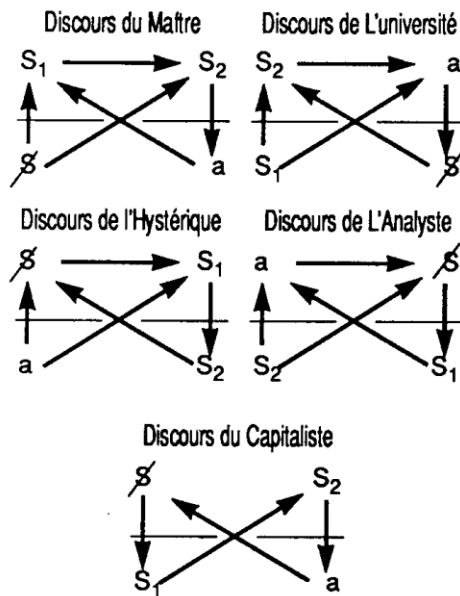
Recuerda Lacan en sus fórmulas de los 4 discursos que el significante es quien ha introducido en el mundo *lo uno*, es suficiente que haya de *lo uno* para que eso comience, comanda a S2, es decir al significante que sigue, *lo uno* funciona, el 2 obedece. Para obedecer es necesario que se sepa algo.

Por la existencia inaugural propia del significante, por el hecho de que existe el lenguaje, el discurso del amo funciona. Es el discurso del amo, que el amo necesita que la cosa funcione. Pero también está la barra, se pone en cuestión al amo, se pone en duda el saber, tenemos la castración.

Lacan se refirió a un quinto discurso, dudando si realmente es un discurso, porque no haría lazo social, pero lo llamó Discurso del Capitalista. Y afirmó que habría una crisis:

“...la crisis, no del discurso del amo, la del discurso capitalista que es el que lo sustituye, está abierta; no les digo en absoluto que el discurso capitalista sea débil, tonto, al contrario es algo locamente astuto. Muy astuto, pero destinado a reventar, en fin es el discurso más astuto que se haya jamás tenido. Pero destinado a reventar. Porque es insostenible. Es insostenible... mediante un juego que podría explicarles... porque el discurso capitalista está allí, vean... (indica las fórmulas en el pizarrón) una pequeña inversión simplemente entre el S1 y el S barrado que es el sujeto, es suficiente para que eso marche sobre ruedas, eso no podría correr mejor, pero justamente eso marcha así velozmente a su consumación, eso se consume, hasta su consumación”





Esta escritura, que se ha expuesto, sobre el discurso del capitalista, muestra que siguiendo las flechas se podría “circular” por los cuatro lugares, lo que no ocurre en los 4 discursos clásicamente establecidos por Lacan.

Así se encerraría al discurso sobre sí mismo en una lógica que suponiendo que es todo posible, reniega de la castración. Además de eliminar la flecha del nivel superior, por la cual el Amo establecía su relación con el otro, el esclavo (y el saber).

Por ello este discurso del capitalista no es verdaderamente un discurso, no se escribe desde su “anterior” y no se ve cual sería su reverso, pero posibilita pensar algunas cuestiones que tal vez sean de actualidad. Por ejemplo si hubiese una relación entre la circularidad en este discurso con la acelerada y caduca producción de *gadgets* y circulación de las “letosas” que Lacan expone como característica de la producción capitalista.

Esos extraños objetos que propuso en el seminario 17, “El reverso del psicoanálisis”, en la clase titulada “Los surcos de la aletósfera”. Allí Lacan menciona unos objetos muy curiosos, a los que denomina *letosas*.

Quizás sea válido e interesante intentar la lectura de algunos de los fenómenos de nuestro tiempo, no solo clínicos, sino también sociales, aplicando estas categorías.

En fin, muchas citas, muchos comentarios, muchas preguntas y pocas respuestas.

Volviendo a la pregunta inicial e inquietante por el porvenir, tomando estos temas antes citados, si el psicoanálisis surge del encuentro de su escucha con el síntoma histórico y este es parte de la subjetividad de una época, y si los parámetros de la época cambian drásticamente, entonces no solo está en juego el porvenir del psicoanálisis sino de nuestra concepción sujeto.

Es en relación a estas cuestiones, estos movimientos e interacciones, es que pienso un espacio de necesaria reflexión e incluso de alerta. Reflexión que podría darse bajo el modelo de trabajo que conocemos en otros campos con la forma del “Observatorio”, orientado a observar Psicoanálisis, Salud Pública y Sociedad, con una recopilación de información, registro de los detalles, descripción de los procesos, señalamiento de los obstáculos, las dificultades y los impases, comentario de las paradojas, crítica de la

contradicción que podamos encontrar en ciertas ocasiones entre las buenas intenciones y sus consecuencias.

Pero también una función de alerta. Un alerta que será necesaria no por su eficacia, no porque tengamos la esperanza de ser escuchados, sino porque se nos haga inevitable plantearla.